

Miguel Urrutia (Editor)

40 años de desarrollo. Su impacto social

Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1991

Los dos decenios de historia de FEDESARROLLO han sido fructíferos. Esta institución, luego de su contribución a consolidar la ciencia económica aplicada a los problemas del desarrollo colombiano, ha entrado con propiedad en los terrenos de la política social nacional, tal como lo prueba su nueva revista *Coyuntura social*.

Por su parte, el Banco Popular cumplió 40 años en 1990 y deseó dejar una constancia académica de esa conmemoración, prosiguiendo una tradición que afortunadamente ha hecho carrera entre las grandes empresas del país. Fiel a su nombre, quiso un libro que tratara los aspectos sociales del desarrollo económico. El Banco tenía la plata, FEDESARROLLO los conocimientos; fruto de esa colaboración es este texto.

40 años... está dividido en 8 capítulos en los cuales, tras un breve repaso de las principales características del desarrollo de la economía, se examinan el crecimiento poblacional, la migración rural-urbana, la distribución del ingreso, la calidad de la vida, la educación y el nuevo rol de la mujer, temas en los que hace un balance muy positivo de los progresos conseguidos por el país. En el capítulo final se examina la otra cara de la moneda, encarnada en los crecientes índices de violencia y en el deterioro del medio ambiente.

La hipótesis de los primeros siete capítulos es muy sencilla. El desarrollo económico ha hecho de Colombia un país de ciudades y, por ende, más moderno. Como corresponde a una sociedad más urbana, las tasas de natalidad han descendido a niveles aceptables, el ingreso se ha redistribuido, la vivienda de los colombianos es mejor, sus Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) han retrocedido, el analfabetismo ha casi desaparecido

y la mujer ha logrado un status más igualitario.

Quienes en las ciencias sociales se han dedicado al estudio de las comunidades indígenas y campesinas, como es el caso de muchos antropólogos y sociólogos, desecharán un estudio de este tipo calificándolo de "dualista". En defensa de la obra de Urrutia afirmaría que estos avances son tanto condiciones para un mayor desarrollo, como expresiones de una forma de vida más elevada. Así, por ejemplo, una distribución más equitativa del ingreso favorece la extensión de las posibilidades de consumo y es también índice de una sociedad más democrática. Menores tasas de analfabetismo son, al mismo tiempo, prerequisito para una más elevada capacitación técnica y la puerta de entrada a la alta cultura. Las crecientes oportunidades para la mujer suponen, a la vez que una cantidad de mano de obra adicional abaratada por los mayores ingresos familiares, el reconocimiento de que los sexos implican diversidad mas no jerarquización.

Evidentemente, no todo es color de rosa y así lo reconocen los autores. Los ingresos de los trabajadores han disminuido luego de la crisis económica de principios de la década de los ochenta. Aún hoy, el 10% más pobre de la población recibe un 1,7% de los ingresos nacionales; en contraste, el 10% más rico percibe un 33,9%. En el campo, el 51,2% de las viviendas está desprovista de cualquier servicio público. La alimentación de los colombianos no ha mejorado de manera apreciable. Un 45,6% de los nacionales no satisface sus necesidades básicas y el 22,8% vive en la miseria, cifras éstas que ponen en entredicho los alcances sociales que debe tener cualquier política estatal. Es muy dudosa la calidad de la educación que se imparte en el

país. El mismo desarrollo ha expandido el número de las madres solteras, que posiblemente constituyen el sector más desprotegido de la sociedad.

Como corresponde a un esfuerzo hecho por una docena de manos, el texto es bastante disparejo. Si los capítulos sobre la migración rural-urbana (cap. VII) y la distribución del ingreso (cap. III) usan el instrumento teórico de la economía —a riesgo de la incomprendión de los legos—, otros resultan algo vagos. Es el caso del que trata sobre el ascenso de las mujeres (cap. V), que tiene cierto tono de populismo ginofílico, y del último, que se refiere a la relación del desarrollo económico con el deterioro del medio ambiente y la violencia (cap. VIII).

Este último punto amerita una consideración más detenida. Decir que no existe vínculo entre crecimiento y violencia porque ambos han crecido es una respuesta que revela que el problema se abordó con una preconcepción: entre desarrollo y conflicto sólo puede existir una relación inversa. Es probable que muchos economistas, educados según modelos de países desarrollados, en los cuales los derechos de propiedad están bien definidos, no vean en la violencia más que un problema estrictamente político, cuando no clínico.

Tal vez con algo de "imaginación sociológica" sea posible comprender que el comportamiento de los hombres responde de manera distinta en circunstancias diferentes. Por ejemplo, pudiera pensarse que la violencia es un costo de transacción ineludible en una sociedad rica pero aún no consolidada. Esto supone admitir que la economía no es solo asunto de variables más o menos universales, sino que, al modo de la vieja economía política, su comprensión pasa por el entendimien-

miento de instituciones y sociedades particulares.

Más grave para los propósitos de popularización del libro es cierta forma de lenguaje. A partir del capítulo III el libro está escrito casi siempre de un modo correcto, como debe ser. En cambio, los dos capítulos iniciales están redactados con ese estilo propio de aquellos economistas que parecen creer que la claridad, por no decir la belleza del estilo, son de naturaleza que repugna a la inteligencia. Por ejemplo, un párrafo como el siguiente debe desestimular a muchos lectores:

El sector secundario señalaría el camino del crecimiento económico por la vía de

los cambios en la productividad intersectorial en la economía colombiana, toda vez que dichos cambios entraron a retroalimentar el proceso de crecimiento económico general, al propiciar una expansión de la demanda interna, especialmente de productos manufacturados, a través de cambios en los precios relativos (pág. 20).

Una última observación. El libro fue publicado en dos ediciones distintas, una de lujo, con todo el aspecto de regalo, la otra rústica, para ser leída. Esta última es la que tengo en mis manos. Tiene a su favor una característica poco común en las ediciones colombianas: las páginas están firmemente cosidas, por lo que no hay riesgo

alguno en su manipulación. En cambio, las fotos resultan borrosas y feas, cuando no equívocas (aquella de la pág. 77 no puede ser de 1915). Y el papel sólo tiene una cualidad: es caro.

Pese a las anteriores observaciones, este texto merece ser leído: su aridez es adecuadamente compensada por la importancia de sus temas y el rigor en su tratamiento. En medio de tanta euforia postconstituyente, es bueno recordar algunas de las tareas que aún tiene pendientes el país.

Andrés López R. Economista, investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.